BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Profesor de Sagrada Escritura

TU CONVERSION

No la difieras de día en día

2ª Edición

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con Licencia Eclesiástica
ISBN: 84-7770-102-4
D.L.: Gr. 366-00
Impreso en Azahara
Impreso en España

PRESENTACION

Queridos lectores:

En este libro quiero haceros ver como Dios nos está hablando con frecuencia de la conversión por medio de los profetas y a su vez nos invita a que nos convirtamos y nos volvamos a El. He aquí algunas de sus palabras, que podéis ver en la Biblia:

— «Convertíos al Señor, Dios vuestro, porque El es benigno y misericordioso»... *(Joel 2,13).*

— Convertíos a Mi y seréis salvos, porque Yo soy Dios y no hay otro *(Is. 45,22).*

— El perdonará a los que se arrepienten... Conviértete al Señor y apártate de la iniquidad *(Eclo. 17,20 s.).*

— Convertíos, pecadores, y practicad la justicia delante de Dios, y tendrá misericordia de vosotros *(Tob. 13,8).*

— No digas: «Grande es su misericordia. El perdonará mis muchos pecados». Porque, aunque es misericordioso, también castiga, y su furor caerá sobre los pecadores. No difieras convertirte al Señor, y no lo dejes de un día para otro *(Eclo. 5,6-8).*

— Arrojad de sobre vosotros todas las iniquidades que cometéis, y haceos un corazón nuevo y un

espíritu nuevo. ¿Por qué habéis de querer morir?... Convertíos y vivid *(Ez. 18,31-32).*

— Volveos a Mí y Yo me volveré a vosotros *(Zac. 1,3).*

Al considerar que hoy pesa sobre mí, como ministro de Dios, el deber de exhortar a otros a la conversión, me vais a permitir que yo hable ahora con palabras de los profetas, que son las mismas que Dios habló por medio de ellos, y que hoy vuelve a repetir también por mi medio, porque son valederas para todos los tiempos, pues son siempre actuales por ser palabra de Dios eterna.

La «conversión» es reanudar la amistad con Dios, es la vuelta a Dios de aquellos que se han alejado de El por el pecado..., de aquellos que quizá hayan llegado al fondo de la perversidad, que no cumplen los mandamientos de Dios, ni se preocupan de ellos, ni piensan en el más allá...

Muchos han perdido la fe..., y Dios aún les espera con amor, y hace «como que no ve sus pecados por esperarlos al arrepentimiento y al perdón» (Sab. 11,24).

Terminaré diciéndoos como lo hace el profeta Isaías a los que añaden pecados a pecados: «Dios os está esperando, para tener misericordia de vosotros» (30,18).

Benjamín Martín Sánchez

Zamora, 1 de septiembre de 1987

INVITACION A LA CONVERSION

En la Sagrada Escritura, el libro de la revelación divina, se nos pone de manifiesto que Dios, creador del mundo y del hombre, *ha señalado a éste un número contado de días y le ha dado inteligencia, lengua, ojos..., para que vea la grandeza de sus obras, para que alabe su santo Nombre y pregone la grandeza de esas sus obras maravillosas, y le ha dicho: Guardaos de toda iniquidad»* (Eclo. 17,3 s.). *«Temed a Dios y guardad sus mandamientos, porque esto es el hombre todo»*, es decir, ésta es la razón del ser del hombre y para esto ha sido creado (Ecl. 12,13).

Mas luego viendo el Señor que los más de los hombres se apartan de estos sus mandamientos y van por el camino ancho de la perdición, les llama la atención por medio de sus profetas para que se conviertan y vuelvan a El.

Palabras del profeta Ezequiel

«Hijo del hombre, habla a los hijos de tu pueblo y diles: Cuando Yo enviare la espada sobre un país y la gente del país escoge un hombre de su territorio y lo

pone como atalaya o centinela suyo; y éste, al ver venir la espada sobre el país, toca la trompeta dando la señal de alarma al pueblo, si el que oye el sonido de la trompeta no hace caso del aviso y llegando la espada lo sorprende, su sangre caerá sobre su cabeza. Oyó el sonido de la trompeta y no hizo caso; su sangre caerá sobre él; mas el que dio el aviso habrá salvado su vida.

Si, por el contrario, el centinela, viendo llegar la espada, no toca la trompeta y el pueblo no es avisado y llegando la espada arrebata a alguno de ellos, éste, por su propia iniquidad, perderá la vida, pero Yo demandaré su sangre de manos del centinela.

Ahora bien, hijo de hombre, Yo te he puesto por centinela de la casa de Israel. Cuando oigas de mi boca una amenaza, tú se lo habrás de advertir de mi parte. Si Yo digo al impío: «Impío, tú vas a morir»; si tú no hablas para apartar al impío de su camino, el impío morirá por su iniquidad, pero Yo demandaré su sangre de tu mano. Pero si tú apercibiste al impío para que se convirtiese de su camino, y él no se convirtió, él morirá a causa de su iniquidad, mas tú habrás salvado tu alma» (Ez. 33,2-9).

Comentario a las palabras del profeta

Hijo del hombre, dice Dios, habla a los hijos de tu pueblo...». Hemos de notar que el Señor llama aquí a Ezequiel «hijo del hombre», para recordarle su fragilidad, como dice San Jerónimo, pues es hombre frágil como los demás.

Esta expresión «hijo del hombre» se repite 84 ve-

ces en Ezequiel y una vez en Daniel (8,17), y tiene un significado distinto al que tiene en Daniel (7,13), en cuyo pasaje se entiende por el «Hijo del hombre», lo mismo que en los 79 del Evangelio, donde aparece este término, un ser sobrehumano, el hombre por excelencia, el Mesías, por cuanto como hombre había de aparecer entre los hombres para adoctrinarles. Ezequiel, no obstante, se nos presenta como figura profética del Mesías...

En consecuencia, el profeta, como el sacerdote, a quien representa, es, pues hombre frágil, y es como decirle: cuide hombre de los hombres. ¿Es hoy el primero de su pueblo? Pues cuide de todos los demás, Dios nos pide que obremos como somos en la humanidad y en la humildad, dándonos cuenta que por ser precisamente hombres como los demás podemos caer también en el pecado. De aquí que los sacerdotes tengamos que ser humildes y trataros a todos y curaros con la compasión y amor que quisiéramos nosotros ser curados por Dios. Vosotros sois de la misma madera, esto es, de nuestra misma carne y condición. Nosotros somos hombres que gobernamos a hombres.

Yo sé que hablamos no a ángeles que no pueden pecar, sino a hombres capaces de caer y levantarse, de pecar y de llorar..., y lo que nos mueve a hablaros es el amor y el bien de vuestras almas.

Habla a los hijos de tu pueblo... Dios dice por el profeta: *Habla*, porque te he hecho pastor y predicador, y porque no puedes avisar sin hablar. Y porque no eres sólo pastor, sino *«perro de Israel»*, háblales, ládrales (dales gritos de alerta).

No seáis *«perros mudos»* (Is. 56,10), ¡ay del perro que no ladra!... Tú háblales *«una sana doctrina»*, como dice San Pablo, háblales, exponle las verdades reveladas a tu pueblo...

Responsabilidad de los sacerdotes y de los fieles

Tanto sobre los profetas o sacerdotes, por ser atalayas o centinelas de su pueblo, como sobre el mismo pueblo o fieles a quienes deben hablar, recae la responsabilidad de su conversión, pues si el pueblo vive entregado a los vicios de impureza, blasfemia, embriaguez, etc., y conculca, en una palabra los mandamientos de Dios, y el profeta o sacerdote toca la trompeta, o sea, les avisa que van por el camino de perdición (pues, según la revelación, hay infierno con el que pueden ser castigados), si ellos entonces no creen a las voces de su pastor, si no se convierten o arrepienten de sus pecados, ellos serán los responsables o culpables de su perdición y morirán por su pecado, pero el pastor habrá salvado su alma.

Por el contrario, si Dios dice al impío: *«Impío, tú vas a morir»* porque no cumples mis mandamientos, si el centinela del pueblo o sacerdote no habla para apartar al impío de su camino, el impío morirá por su iniquidad. Yo, dice Dios, demandaré la pérdida de su alma de manos del centinela.

Dios sigue hablándonos por los profetas

Si bien lo observamos, los profetas en nombre de Dios echan en cara al pueblo sus pecados, pero es para hacerlos reflexionar, y después los invita a cambiar de vida y se acerquen a El. Así Isaías, al comienzo de su profecía, dice: *«Oid, cielos, y tu, tierra, escucha; porque habla Yahvé: He criado hijos y los he engrandecido, mas ellos se han rebelado contra Mí. El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no me conoce, mi pueblo no tiene inteligencia.*

«¡Ay de tí, nación pecadora, pueblo cargado de culpa, raza de malvados, hijos corrompidos. Habéis abandonado al Señor, despreciado al Santo de Israel y le habéis vuelto las espaldas...

«Vuestras manos están manchadas de sangre. Lavaos, purificaos, quitad de ante mis ojos la maldad de vuestras acciones. Cesad de obrar mal. Aprended a hacer el bien, buscad lo justo, socorred al oprimido; haced justicia al huérfano, defended la causa de la viuda». (Is. 1,2 ss.).

Dios está pronto al perdón

«Venid, entendámonos, dice el Señor. Aunque vuestros pecados fueran como la grana, quedarán blancos como la nieve; aunque fuesen rojos cual la púrpura, vendrán a ser como lana» (Is. 1,18).

En esta imagen del rojo de la *grana* y de la *púrpura* hay una oposición al blanco de la *nieve* y de la *lana*, símbolo del contraste entre culpabili-

dad e inocencia, lo que indica la calidad con que la bondad de Dios concede el perdón a quien se arrepiente y se enmienda, y por eso antes los exhorta a lavarse y purificarse de sus iniquidades...

Dios habló de nuevo por otros profetas invitando a su pueblo a la conversión, y así por Jeremías les dice: *«Convertíos a Mí, hijos rebeldes, y os curaré. He aquí lo que dice el Señor: Haced que sean rectos vuestros caminos y vuestras obras, y habitaré con vosotros»* (Jer. 3,14;7,3).

Y por Ezequiel, les insiste: *«Pecadores, arrojad lejos de vosotros todas las prevaricaciones con que os habéis manchado y haceos un corazón nuevo y también un espíritu nuevo»* (18,31).

Finalmente, dice el Señor por medio del profeta Miqueas: Si nos volvemos a Dios por la conversión o arrepentimiento de nuestras culpas, *Dios se volverá hacia nosotros y nos tendrá compasión; sepultará en el olvido nuestras iniquidades, y arrojará a lo más profundo del mar todos nuestros pecados»* (Miq. 7,17).

La conversión es obra de Dios y del pecador...

Cuando Dios amenaza y previene a su pueblo porque va por mal camino, ya le está moviendo con su gracia a que tome la decisión de salir de ese estado, porque si no lo hace, por tener él su responsabilidad, le puede sobrevenir el castigo.

Dios induce al pecador a que se convierta, y lo hace de varias maneras. San Juan de Avila hablando de pecadores sinceramente convertidos,

dice: Muchos pecadores ha habido que después de oír un sermón o por una simple inspiración divina se han convertido, y Dios «sacó a ellos del cautiverio de la maldad en que estaban, y les mudó el corazón tan verdaderamente mudado, que muchas veces, en menos tiempo que un mes y que una semana, se han visto más aborrecedores de la maldad que eran primeros amadores de ella...; y tan de verdad, que están determinados a no cometer un pecado por vida ni muerte, ni tierra ni cielo, ni por cosa creada, como dice San Pablo (Rom. 8,38).

¿Quién hizo esta maravillosa y buena mudanza en tan breve tiempo? ¿Quién sacó agua de peña tan dura? ¡Quién resucitó a un muerto tan miserable dándole vida tan excelente?».

Tenemos numerosos ejemplos de penitentes que llegaron a ser grandes santos: Santa María Magdalena, Santa María Egipciaca, San Pablo, San Agustín, etc. ¿A qué es debido este cambio del estado de pecado al de la santidad? ¿Quién ha sacado a estas almas del cieno de las pasiones y ha hecho de ellas ángeles de la tierra? No otro, ciertamente, sino la mano de Dios, o sea, su divina gracia.

El profeta Jeremías dice: *«Señor, conviérteme a Ti, y yo me convertiré, pues tú eres Yahvé, mi Dios»* (31,18). *«Conviértenos a Ti, ¡oh, Yahvé!, y nos convertiremos. Danos todavía días como los antiguos»* (Lam. 5,21).

Dios está dispuesto a ayudar al pecador, a que salga del cautiverio de la maldad en que se halla, y le invita a que se convierta, y así le dice: *«Hoy,*

si oyereis la voz de Dios, no endurezcáis vuestro corazón en la maldad» (Heb. 3,15:Sal. 95,8).

Como el hombre no puede salir del pecado sin la ayuda o gracia de Dios, una vez que Dios le ha hablado, bien por la Biblia, bien por sus profetas o predicadores del Evangelio, no debe poner obstáculos a su conversión, antes bien cooperar a esa gracia como San Pablo, cuando decía: *«No yo, sino la gracia de Dios conmigo»*, y entonces podrá decir con la Esposa del Cantar de los Cantares: *«Negra soy, pero hermosa»*, mi alma pecadora es negra; pero se vuelve hermosa por medio de la conversión y de la penitencia...

Con la conversión, Dios cambia el corazón del penitente: de un corazón mezquino, vil, cobarde, esclavo y corrompido, etc., hace un corazón grande, elevado, fuerte, real y santo...

¡Cuántas admirables maravillas en una verdadera conversión!...

La conversión de un pecador es un gran milagro

San Agustín lo reconoce al exclamar y escribir de esta manera: «¡Oh milagro, oh milagro, oh misericordia: Mirad, ayer este hombre vivía dado a la embriaguez; hoy está lleno de modestia, ayer era un blasfemo; hoy alaba a Dios, ayer era esclavo de la criatura; hoy es fiel servidor del Creador».

«Ayer era una bestia feroz, hoy es un cordero; ayer despreciaba, insultaba, maltrataba, maldecía a los pobres, hoy les respeta, les honra, les ama, les cuida, les bendice y se despoja por ellos. Es-

tos son grandes milagros; y ¿quién los produce? La gracia omnipotente de la conversión...

«Observad, dice el mismo San Agustín, las bestias salvajes y hasta los animales domésticos sobre los cuales establece el hombre su imperio. Ni el caballo, ni el león se doman por sí mismos: así sucede con el hombre. Para domar al león y al caballo, es preciso el hombre; para domar al hombre, es preciso Dios; y el hombre no se doma por medio de la naturaleza, sino por medio de la gracia».

Dios es el que cambia los corazones. Por eso dice el Señor por boca del profeta Ezequiel: *«Les quitaré su corazón de piedra, y les daré un corazón de carne, a fin de que anden por el camino de mis mandamientos, guarden mis leyes y las practiquen, con lo cual sean ellos pueblo mío y Yo sea su Dios»* (Ez. 11,19- 20).

¿Qué eran los apóstoles antes de bajar sobre ellos el Espíritu Santo? Eran unos pobres pescadores, rudos, orgullosos, carnales, ignorantes e indisciplinados. Y después ¿qué hizo la gracia del Espíritu Santo en ellos?, los iluminó, cambió sus corazones y aparecen como santos predicadores del Evangelio. Pedro, que temblaba a la voz de una criada y renegaba de su Maestro, después se alegra en medio de los golpes, de las cadenas, en las cárceles, y es más fuerte que el mundo entero...

Ved a San Pablo que sólo respira amenazas y sangre. *Saulo, ¿por qué me persigues?*, le dijo Jesucristo. Y él contesta: *¿Qué queréis que haga, Señor?* (Hech. 9,4- 6).

Ya se prepara a obedecer, dice San Agustín, aquel que se extremecía de rabia y anhelaba perseguir; ya el perseguidor se transforma en predicador; el lobo se convierte en cordero; el enemigo en un defensor intrépido...

Saulo primeramente no suspiraba sino por la muerte y el martirio de los fieles; cambiado ya en Pablo, se convierte en modelo de todas las virtudes, y no respiraba más que la gloria de Dios y la salvación del universo. Poco antes quería borrar el nombre de Jesucristo y destruir a todos los cristianos; ahora, he aquí que sólo desea morir por ellos, y no deja de consagrarles su vida, exponiéndose a las fatigas de los viajes, a los trabajos, a las persecuciones, al hambre, a la sed, a las cárceles, a las cadenas, a las flagelaciones, a los naufragios, a los peligros, a los tormentos y a mil muertes para extender el reino de Jesucristo y de su Iglesia.

De San Agustín es esta frase: «El Cordero muerto por sus ovejas, cambió en cordero a Pablo que era un lobo». *«Manifestaré a Pablo*, dijo Jesucristo, *cuánto habrá de sufrir por mi nombre»* (Hech. 9,16), y efectivamente «el que se esforzaba en borrar el nombre de Jesucristo, debía luego sufrir para honra de este divino Nombre. ¡Oh misericordioso castigo!».

Pablo queda abatido y convertido; recobra al punto la vista, está lleno de fuerza; predica a Jesucristo... No tiene vergüenza de su cambio, dice San Juan Crisóstomo; no teme renunciar a lo que antes constituía su gloria...

Veamos la confesión de San Pablo, al que po-

dríamos cada uno de nosotros imitar. Después de decir que *«Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, entre los cuales el primero era él»*, dice públicamente: *«Yo fui blasfemo, perseguidor de la Iglesia, yo no merezco llamarme apóstol, soy un abortivo del infierno...»*.

Cada uno de nosotros pudiéramos confesarnos pecadores y luego imitar también al apóstol confesando en todas partes que Jesucristo es el Mesías, nuestro Dios y Salvador, pues no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores... y a todos ofrece su perdón.

¡Cuán consoladora es la conversión del pecador!

La conversión de un pecador es, ciertamente, consoladora para el cielo, para la Iglesia y también para el mismo pecador. *¿Quién de entre vosotros,* dice Jesucristo, *si tiene cien ovejas y pierde una, no deja las noventa y nueve para ir a buscar la que ha perdido hasta que la encuentra? Y cuando la ha encontrado, la pone sobre sus hombros lleno de alegría. Y llegando a su morada, reúne a sus amigos y a sus vecinos, y les dice: Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que había perdido. En verdad os digo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve que no necesitan hacerla»* (Lc. 15,4-7).

Acoge a Onésimo como a mí mismo, dice San Pablo a su discípulo Filemón, *y obtenga yo de ti este gozo en el Señor. Da en nombre del Señor*

este consuelo a mi corazón (1,20). Esto es lo que sucede cuando un pecador se convierte. El pecador experimenta una felicidad, una paz indecibles.

La Iglesia, tierna Madre, derrama lágrimas de alegría: como el padre del pródigo, recibe a este hijo extraviado, le abraza, le oprime en su seno maternal, le despoja de sus andrajos, le adorna con vestidos espléndidos, mata el ternero más gordo, etc., y exclama: *Mi hijo muerto, y ha resucitado; lo había perdido, y lo he vuelto a encontrar* (Lc. 15,24).

El que peca se daña a sí mismo y entristece a la Iglesia, mas si se convierte, llena de consuelos su corazón, como la vuelta del hijo pródigo llena de consuelos el corazón de su padre.

En el momento de la conversión es cuando el Señor consuela el alma, repara todas sus ruinas, fertiliza aquel desierto, y hace de él su jardín predilecto; le inspira alegría, acciones de gracias y cánticos de alabanza (Is. 51,3). Entonces es cuando el pecador exclama con San Agustín: «Hermosura siempre antigua y siempre nueva, ¡qué tarde he empezado a amaros?».

Hombres ciegos, encenagados en el vicio, que buscáis vuestra felicidad en los placeres insensatos de la carne y del mundo; ¡ah! si conociéseis los dones de Dios, las puras e incomparables delicias que disfruta un corazón que renuncia al mundo y a sus engañosos placeres, y que se da a Jesucristo con una sincera conversión, ¡qué viles y despreciables os parecerían entonces el mundo, sus alegrías, sus riquezas y honores! Exclamaríais

con el Real Profeta: *Un día pasado en vuestra morada vale más que mil, Señor, bajo las tiendas de los pecadores* (Sal. 83,11).

El pecador reconciliado con Dios puede decir con San Pablo: *Jamás ha visto el ojo, jamás ha percibido el oído, jamás ha imaginado el corazón del hombre lo que Dios reserva a los que le aman* (1 Cor. 2,9).

El mundo corrompido, los pecadores endurecidos, no conocen ni conciben estos inefables consuelos; no comprenden más que las cosas terrestres, y no las de Dios, dice San Pablo (1 Cor. 2,14). *El Padre celestial,* dice Jesucristo, *oculta estas maravillas a los sabios y prudentes del siglo, y no las revela más que a los pequeños* (Mt. 11,25). Las oculta a los pecadores orgullosos que no quieren convertirse; pero las revela a los pecadores que se humillan y piden gracias...

La conversión es fácil

Es fácil la conversión con tal que el pecador quiera convertirse, pues Dios no niega a ninguno sus gracias. Así lo dice San Pablo: *«Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad»* (1 Tim. 2,4). Las gracias no nos faltan; nosotros somos los que faltamos. Tenemos la enseñanza, la palabra de Dios, su ley, sus inspiraciones, los sacramentos, el remordimiento, etc. No seamos ciegos, ni sordos, ni mudos, y nos convertiremos...

«La gracia de Dios Salvador nuestro se ha reve-

lado a todos los hombres, para enseñarnos a renunciar a la impiedad y los deseos del mundo, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo» (Tit. 2,11-12).

La conversión es obra de la infinita misericordia de Dios. Cuando el mundo entero estaba bajo el yugo del pecado, dice San Juan Crisóstomo, vino el Creador del universo, y alejó las causas del pecado y las hizo desaparecer, a fin de que ninguno en el porvenir pudiese desesperar de su salvación. Si sois impíos, pensad en el publicano; si sois impuros, ved el perdón concedido a la mujer adúltera; si sois homicidas, considerad al ladrón clavado en la cruz; si estáis cubiertos de crímenes, pensad en Pablo el perseguidor, primeramente cubierto de pecados, y luego dispensador de las gracias de Dios; primeramente cizaña, luego espiga de trigo; primeramente lobo hambriento, y luego pastor del rebaño fiel... ¿Qué es el pecado en presencia de la misericordia divina? Una telaraña que nunca resiste al viento.

«¿Quién no ha de admirar la operación milagrosa de Dios en la conversión de los pecadores, y no ha de exclamar con todo el afecto de su alma: He sabido que Dios es grande cuando he visto que de un avaro hacía un pródigo, de un voluptuoso un hombre casto, de un orgulloso un hombre humilde, de un ser débil y delicado un hombre mortificado y un soldado invencible, de un amigo de la opulencia y de los placeres, un penitente que ayuna y se priva de todo para aliviar a los pobres? Estas son seguramente las más admirables obras de Dios; estos son los más

grandes prodigios que ha obrado en la tierra» (Casiano. Lib. Justific.).

Es necesario no diferir nuestra conversión. Basta querer convertirse... El que quiere, puede... *Si oís hoy la voz de Dios, no se endurezcan vuestros corazones* (Sal. 95,8). Sabemos, dice San Pablo, que el tiempo corre y que ha llegado la hora de despertarnos del sueño, o sea, de nuestro entorpecimiento (Rom. 13,11).

Levántate tú, que duermes, sal de entre los muertos, y Cristo te iluminará (Ef. 5,14). Levantaos, pecadores, es el día de la gracia...; Jesucristo, sol de justicia, se ha levantado para vosotros...

Jesucristo está ahora a la puerta de vuestro corazón, llama, quiere entrar en él para purificarle, para colmarle de gracias y cambiarle en paraíso; abridle ese corazón enfermo, manchado y asqueroso; mañana quizá sería demasiado tarde...

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

—¿Quién eres, Señor?

—Yo soy Jesús Nazareno a quien tú persigues.

—Señor, ¿qué queréis que haga?

—Levántate, vete a Damasco, y allí se te dirá todo cuanto debes hacer...

Y ahora, Saulo, dice Ananías, ¿qué aguardas? Levántate, recibe el bautismo y purifícate de tus pecados, invocando el nombre del Señor (Hech. 22,7 ss.)

Pecadores, Dios os dice como a Saulo: *¿Por qué me perseguís?* ¿Por qué me blasfemáis? ¿Por qué conculcáis mis mandamientos?... Tened la prontitud de este recién convertido, y exclamad:

Señor, ¿qué quieres que haga? No faltará un caritativo Ananías que os diga: Levantaos de la tumba de vuestras iniquidades, recibid el bautismo de la penitencia, y purificaos de vuestros pecados, invocando al Dios que perdona...

Pecadores, dice el Eclesiástico, *tened piedad de vuestra alma, haciéndoos agradables a Dios con una conversión pronta y sincera* (30,24). El que quiera hacer limosna, dice San Agustín, debe empezar por sí mismo. En su infinita bondad, Dios no sólo nos aconseja, sino que nos conjura que salgamos del triste estado del pecado mortal... Por eso San Bernardo dice: Es muchísima malicia no tener piedad de vosotros y rechazar la confesión, que es el remedio único después del pecado...

«Buscad al Señor en tanto que puede ser hallado; invocadle mientras está cercano... Que abandone su camino el impío, dice el profeta Isaías, *y el hombre inicuo sus pensamientos; que vuelvan al Señor, y tendrá lástima de ellos. Que vuelvan: el Señor es rico en misericordia* (Is. 55,6-7).

También el profeta Ezequiel nos dice: *Convertíos y haced penitencia de todas vuestras maldades, y no serán éstas la causa de vuestra perdición.*

¿Para quiénes resulta difícil la conversión?

Resulta difícil para cuantos están apegados a los bienes de la tierra y para aquellos que la so-

berbia, la avaricia y la impureza les tiene dominados o esclavizados. ¡Cuántos ricos se vanoglorian de sus vicios!...

«¡Cómo va a convertirse, dice el obispo Bossuet, ni oír a Dios el que en medio de sus riquezas se ha olvidado por completo de El, imaginándole impune ante cielos y tierra? Llega la hora de la muerte; no os hagáis ilusiones, es muy difícil que la vida cambie en ese instante, y si, advertido de que son los últimos momentos, el rico se convierte, dudo mucho de esa conversión. Porque temo que los movimientos de su corazón sean más artificiales que sinceros. La muerte apega más a las cosas por el miedo de dejarlas. ¡Oh penitencia impenitente! ¡Oh penitencia infectada por el amor del mundo!

«Yo me dirigiría a esos grandes hombres de negocios, poseedores de todos los secretos, personajes sin los cuales no puede desenvolverse la gran comedia del mundo, y les diría a cada uno de ellos: ¿qué tiempo te queda para pensar en tu negocio más serio, el negocio de la eternidad? Mira que el tiempo es corto y los días vuelan. La muerte llama ya a tu puerta y la romperá un día aunque no la abras, para llevarte ante Dios, justo Juez.

Oye al profeta que dice: *«Llega para ti el fin, y desencadenaré mi ira contra ti y te pagaré según tus obras... y sabréis que Yo soy Yahvé»*. Oyelo cuando vuelva a clamar: *«Llega el fin; está amanazándote el fin, ya está ahí»*. Sigue escuchándole: *«No se apiadará mi ojo, no tendré compasión, sino que echaré sobre ti tus obras y pondré*

en tu seno tus abominaciones y sabrás que Yo, Yahvé, os hiero» (Ez. 7,3 ss.)... Vivid en medio de vuestras ambiciones pero terminad de una vez, no viváis engañados...

Es preciso dejar el pecado

Para convertirse es preciso renunciar al pecado y dejarlo. La muerte nos separa de todo: la conversión, que es la muerte del pecado, debe también separarnos del pecado. El que muere para el pecado deja ya de vivir de acciones condenables y no escucha más los deseos de la carne...

El apóstol San Pablo nos dice: *«Así como habéis empleado los miembros de vuestro cuerpo en servir a la impureza y a la injusticia para cometer la iniquidad, de la misma manera debéis emplearlos ahora en sevir a la virtud, a fin de santificaros»* (Rom. 6,19). *Dejemos, pues, las obras de las tienieblas y revistámonos de las armas de la luz. Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no tratéis de contentar los antojos de vuestra sensualidad* (Rom. 13,12 s.).

«Es preciso desnudaros del hombre viejo, según el cual habéis vivido en otro tiempo, el cual se corrompe siguiendo la ilusión de las pasiones. Renovaos en el interior de vuestra alma, y revestíos del hombre nuevo que ha sido creado a semejanza de Dios en justicia y santidad verdadera» (Ef. 4,22-24).

San Bernardo dice con mucho acierto: Hay dos

hombres, el antiguo y el nuevo; el viejo Adán y Jesucristo: aquél de la tierra, éste del cielo; la vejez nos representa a Adán, la novedad a Jesucristo. Hay tres vejeces y tres novedades; porque hay la vejez del corazón, de la lengua y de la carne, y así pecamos de tres maneras: por pensamientos, por palabras y por obras.

En el corazón se encuentran los deseos de la carne y de la tierra, el amor impuro y el amor del siglo; en la boca, la jactancia y la maledicencia; en la carne, la concupiscencia y el pecado. Todo esto es la imagen del hombre viejo, y todo esto debe renovarse. El corazón se renueva excluyendo los deseos carnales y terrestres, y admitiendo el amor a Dios y a la patria celestial. La jactancia y la maledicencia deben dar lugar a la confesión sincera de los pecados que hemos cometido y al elogio del prójimo. La concupiscencia y los crímenes, esta vejez del cuerpo, deben desaparecer a su vez ante la continencia y la inocencia, de tal manera que estas virtudes aniquilen los vicios que le son contrarios».

«Apártate del pecado, endereza tus acciones y purifica tu corazón de toda iniquidad», dice el Eclesiástico (38,10). «Renunciando a todas las impurezas y a todos los desarreglos, recibid con docilidad la palabra divina, que ha sido como sumergida en nosotros y que puede salvar vuestras almas» *(Sant. 1,21).*

Apoyado en la gracia, fortifica tu voluntad

San Gregorio Magno dice que los pecadores forman muchas veces buenas resoluciones, pero vuelven a caer en sus mismos pecados así que están tentados, porque su corazón no ha cambiado, y no se convierten a Dios seriamente. Quieren ser humildes, pero a condición de que no se les desprecie; consienten en contentarse con lo que tienen, pero a condición de que han de usar también de su superfluo; se proponen vivir castos, pero sin mortificar su carne; ser pacientes, pero sin sufrir pruebas. Quieren virtudes sin tomarse el trabajo de adquirirlas; no saben librar un combate en campo raso, y quieren triunfar de una ciudad fuerte.

Por el contrario, la humillación es el camino de la humildad, dice San Bernardo; los sufrimientos conducen a la paciencia, la mortificación a la castidad, el ayuno a la sobriedad.

Explicando aquellas palabras de San Lucas: *«Había en la ciudad una mujer pecadora»* (7,36); San Gregorio dice: Esta mujer, entregada desde luego al libertinaje, usaba perfumes para agradar y atraer; pero luego puso a los pies de Jesucristo lo que había vergonzosamente empleado para adornar su cuerpo, y lo ofreció a Dios de un modo digno de elogio.

Sus ojos habían deseado las cosas de la tierra, y ahora están llenos de lágrimas; su boca había pronunciado palabras de orgullo, y ahora besa los pies de su divino Maestro. Sacrifica todo lo que había servido para sus criminales placeres, y

practica tantas virtudes como faltas había antes cometido. Quiere que todo lo que en ella había ofendido a Dios, manifieste la sinceridad de su penitencia. ¿Qué motivo obligaba a esta mujer a obrar así? El ardiente deseo de convertirse y de obtener misericordia...

A este propósito el apóstol Santiago dice: «Acercaos a Dios con ardientes deseos de convertiros, y El se acercará a vosotros» (4,8). Y ¿cómo acercarnos nosotros a Dios?: por la penitencia, por el amor a Dios, practicando obras de caridad y orando...

«No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un día para otro? dice el Eclesiástico. ¿Quién es el que habiendo cogido una víbora, no la suelta al momento? ¿Quién tendría en su casa a un enemigo capital, a un asesino? El pecado mortal es una víbora, un enemigo, un asesino, que mata nuestra alma espiritualmente y poco a poco envenena, degrada nuestro cuerpo y lo envejece y además acorta nuestra vida y nos precipita más pronto en la muerte corporal. Es preciso convertirse y convertirse pronto...

El tiempo, la gracia y la voluntad

He aquí las tres cosas que necesita el pecador para convertirse. ¡Cuánta necesidad tenemos de la conversión! ¡Cuánta necesidad de hacer penitencia, de hacer una buena y sincera confesión y mudar de vida! A muchos se les ve prácticamente ocupados solamente en los negocios de esta vida,

más allá de los cuales no ven nada, absolutamente nada, y así con el pensamiento de estos negocios humanos, se acuestan, sueñan y se levantan. No difieras la conversión.

1.º El tiempo. El que trata de diferir su conversión, se funda en el tiempo que le queda que vivir; espera tener ocasión de hacer penitencia; mas la dilación de la conversión es peligrosa, porque nadie puede disponer del tiempo futuro. Parece mentira que el hombre fíe en el tiempo sus más bellas esperanzas. *¿Qué es la vida?* Nuestra vida, dice la Escritura Santa, *es un vapor que se desvanece, humo que aparece un momento y al punto se disipa* (Sant. 4,14).

«El tiempo es breve... el aspecto de este mundo pasa rápidamente» (1 Cor. 7,29 y 31). Esto nos lo dice también la experiencia. ¿Dónde están los años de la niñez?... ¿Dónde los de la adolescencia, los de tantas ilusiones?... Todo pasa velozmente. Dios que promete el perdón al que se arrepiente, no ha prometido otro día, como dice San Agustín, al que dilata su conversión.

Los que viven mal quieren convertirse; pero ¿cuándo? Cuando los deje el mundo y los obligue a ellos los reveses de la fortuna o las desgracias de la vida... El que quiere seriamente salvarse debe dejar las cosas de este mundo, los placeres..., porque ellos no le dejarán.

El voluptuoso quiere dejar el vicio de la impureza y amar a Dios..., pero ¿cuándo?... El iracundo, el soberbio, el avaro..., también quieren convertirse, pero ¿para cuándo lo dejan?... Cuando han pasado toda su vida pecando quie-

ren ofrecer a Dios los desperdicios de una vida relajada...

Entonces es de temer que Dios rechace al pecador, y así hablan las Santas Escrituras: *«Os llamé a penitencia y no quisísteis hacerla»* (Prov. 1,24); os convidé a mudar de vida con promesas y amenazas y despreciásteis mis avisos; *Yo también me reiré en vuestra ruina y me burlaré. Entonces me invocarán y no los oiré». «Me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado»* (Jn. 8,21).

Si ahora, pues, no nos convertimos de lleno a Dios, no esperemos como segura más adelante la misericordia de Dios. Además ¿quién nos puede asegurar a nosotros que no tendremos una muerte repentina?

El tiempo se compone del pasado, del presente y del porvenir: el pasado ya no existe, el presente vuela y desaparece, y el incierto porvenir no ha llegado todavía: tal vez no llegue para nosotros; pero si llega, desde aquel momento ya no existe.

Así pues, *si oyéreis hoy la voz del Señor,* dice el salmista, *guardaos de endurecer vuestros corazones.* El pecador no debe decir: «Mañana, mañana me convertiré». ¡Para mañana los negocios! decía un rey ciego y entregado a sus pasiones y a sus cortesanos; y le asesinaron aquella misma noche...

Esto nos recuerda la historia del rico del Evangelio que después de haber amontonado muchas riquezas y se disponía disfrutarlas, viviendo muchos años, oyó esta voz: *«Necio, esta noche te pedirán el alma, y lo que has amontonado ¿para quién será?»*...

2.º La gracia. Ya hemos hablado de su necesidad, y ahora diremos que el tiempo sólo, aún suponiendo que lo tuviéramos, no basta para llevar a cabo una conversión. Pecando mortalmente, nos matamos eternamente. Y un muerto no puede resucitarse a sí mismo. La muerte del pecado es eterna por su naturaleza; y no puede el pecador volver por sí mismo a la vida. Para obrar semejante prodigio, el mayor de los prodigios, es necesariamente precisa la mano del Omnipotente, la gracia eficaz...

Diferir la conversión contando con la gracia, es querer que Dios se haga cómplice de nuestros desórdenes. En efecto, nosotros quisiéramos un Dios ciego, insensible, débil, que dejase impune el pecado y nos permitiese el deleite, la ira, la destemplaza, el olvido y la infracción de sus leyes. Es preciso servirnos de la gracia cuando Dios la ofrece; de otra suerte no conseguiremos más que justicia...

3.º La voluntad. Muchos están con el deseo de convertirse y esperan que se convertirán algún día. Reflexionad. ¿Queréis, pues, convertiros? Pero convertirse es arrepentirse y cambiar de vida. Si queréis convertiros un día, ¿por qué no hoy? Bien quisiera hoy, pero no puedo, decís; tengo tal empresa, tal o cual negocio, etc. ¿Queréis, pues, diferir y halagar alguna pasión, creyendo que tendréis voluntad de arrepentiros? ¿Quién ha oído hablar de tal prodigio?

Pero ¿no puedo yo disponer de mi voluntad? Sí; y esto es lo que debe haceros temblar, porque de vosotros depende... Y si vuestra voluntad es

hoy tan débil, tan poco resuelta, tan caprichosa, hoy que sois menos criminal, menos esclavo, y estáis menos comprometido...; si no queréis convertiros todavía, ¿podréis quererlo más tarde, cuando mil obstáculos se opongan a ello, cuando las pasiones os dominen enteramente y os posea la costumbre del pecado? ¡Qué absurda contradicción! ¡Qué locura dejar que se fortifique un enemigo a quien podíamos vencer actualmente!

Los dos obstáculos, casi invencibles, que nos impiden ser dueños de nuestra voluntad, son: la inclinación y el hábito, y si no queréis convertiros cuando estáis ligados por lazos débiles, ¿lo querréis cuando lo estéis con lazos más fuertes? Por otra parte, jamás tendréis voluntad de convertiros, si Dios no os ayuda a inclinar esta voluntad depravada y endurecida hacia vuestra salvación. ¿Os debe Dios tal gracia o auxilio? ¿Os lo concederá? ¿Lo mereceréis después de haberle crucificado todos los días? Y si Dios se retira ¿no estará todo perdido para vosotros?... Desprovistos entonces de tiempo, de gracia y de voluntad, viviendo sin Dios, moriríais sin Dios, en la impenitencia final, y lo más terrible sería que por no esforzaros con su ayuda a salir de tal estado, el infierno fuera el premio de la fatal demora de vuestra conversión...

No perseveres en el pecado

La perseverancia en el pecado es deplorable. *Pecadores, que debiérais haber muerto para el*

pecado, ¿cómo perseveráis en tan terrible estado?, dice San Pablo (Rom. 6,2). El pecado es la raíz de todos los males, el que da muerte al alma robándole su propia vida, o sea, la gracia santificante, el más bello don sobrenatural. ¡Oh, cuánto pierde el cristiano al pecar! Con la gracia pierde el alma su hermosura y esplendor...

¡Ah! lejos de perseverar en el mal, renocozcamos con San Agustín nuestra desgracia por no haber amado antes a Dios. «¡Cuánto he tardado en amaros, hermosura siempre antigua y siempre nueva, exclama: cuánto he tardado en amaros!».

En vez de continuar siguiendo por el camino del mal, dedicaos a comprender, con el profeta, *«cuán amargo y malo es haber abandonado al Señor vuestro Dios!»* (Jer. 2,19).

«Si el justo, dice el Señor por medio de Ezequiel, *se aparta de su justicia y comete iniquidad, obrando según las abominaciones que comete el impío, ¿por ventura tendrá vida? Todas las obras de virtud que había hecho, serán olvidadas, y por las prevaricaciones y por el pecado que cometió morirá»* (Ez. 18,24).

Gran desgracia es perseverar en el pecado, pues como dice el profeta el hombre que comete un pecado mortal, por él pierde todos los méritos de las buenas obras que hubiera realizado y no le serán tenidas en cuenta. Entendámoslo bien: aunque desde niños hubiéramos llevado la vida más santa y aventajado a muchos santos..., un solo pecado mortal nos haría caer repentinamente de tanta alteza, y las oraciones y los ayunos y las li-

mosnas..., no tendrían valor y quedarían sin premio ante Dios.

Aún más, el pecado mortal impide al alma adquirir nuevos méritos. El pecado, como dice San Agustín, aniquila al hombre. Hay muchas obras que hacen los pecadores que en sustancia son las mismas que las de los justos, porque oran como ellos, oyen Misa y dan limosnas como ellos. Un ejemplo tenemos en el fariseo del Evangelio; pero ese pecado oculto que mancha su alma, ese odio implacable, ese afecto impuro, sea vanidad, ese sacrilegio de que no se acusan, ese pecado mortal lo vicia y lo corrompe todo.

Ese es el gusano roedor que destruye todo el fruto de las buenas obras, de suerte que después de haber sembrado mucho no recogen nada..., construyen sobre arena. Hay, pues, que salir del pecado y vivir en gracia para merecer.

La bondad de Dios perdona fácilmente... y a veces castiga

Dios está lleno de misericordia, dice el salmista; perdona el crimen y no quiere la pérdida del culpable; no deja de moderar su ira; contiene su furor; *se acuerda de que el hombre es de carne, un soplo que pasa y no vuelve* (Sal. 77,38-39). *Dios es compasivo, paciente y de mucha misericordia* (Sal. 85,15).

«Convertíos y haced penitencia de todas vuestras iniquidades, dice el Señor por medio del profeta Ezequiel, *y no serán ya causa de vuestra ruina. Arrojad lejos de vosotros todas las prevari-*

caciones con que os habéis manchado, y formaos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Y ¿por qué has de morir, casa de Israel? Yo no quiero la muerte del pecador, dice el Señor: convertíos y viviréis» (Ez. 18,30-32).

Si después que Yo haya dicho al impío *morirás de mala muerte*, hiciere penitencia de su pecado, y practicare obras buenas y justas; si devuelve la prenda, restituye lo hurtado; si camina por el sendero de mis mandamientos que dan vida, sin cometer ya más maldades, vivirá, no morirá. Todos los pecados que cometió quedarán olvidados (Ez. 33,14-15).

Notemos que así como por el pecado mortal se pierden todos los méritos de las buenas obras que hubiéramos hecho, así por la detestación o confesión del pecado mortal cometido, se recupera la gracia y todos los méritos perdidos. ¡Oh, cuánto vale una conversión sincera!

Dios es infinitamente misericordioso y el exceso de su bondad se manifiesta hasta en sus quejas contra nosotros, las cuales están llenas de dulzura, de compasión y de amor. Hallándose cerca de Jerusalén, vísperas de su Pasión, Jesucristo derramó lágrimas al divisar sus muros desde el monte de los Olivos, y dijo: *«¡Ah!, si tú supieras ahora mismo lo que puede traerte la paz!, pero en este momento todo está oculto a tu vista* (Lc. 19,41-42).

¡Oh, Jerusalén, hija de Sión, a quien tanto amo! Tú que eres testigo de mis bondades y milagros tan numerosos, y tan grandes, ¿cómo no me conoces? ¿por qué me rechazas y me persigues y te

dispones a condenarme y crucificarme? Por ti bajé del cielo..., te he instruido, te he visitado; he curado ante tu vista a tus leprosos, a tus cojos, enfermos, ciegos, sordos, mudos y paralíticos; he hecho milagros para multiplicar los panes que debían alimentarte; he devuelto la vida a tus muertos; hace cuatro mil años que tus padres me deseaban, y tú huyes de mi, me desprecias, calumnias, me aborreces y me persigues!

Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿En qué te he agraviado? Respóndeme (Miq. 6,3). «¿Qué más he podido hacer por vosotros que no haya hecho?» *(Is. 5,4).*

Jesús lloró sobre los habitantes de Jerusalén, porque preveía su ruina al no convertirse... y así sucedió, pues sobrevino el gran castigo sobre ella el año 70 de nuestra era, en que fue destruida por los ejércitos romanos al mando del emperador Tito.

«No os engañéis a vosotros mismos, *dice San Pablo escribiendo a los Gálatas,* Dios no puede ser burlado *(6,7).* No digáis, pues, ¡oh! la misericordia del Señor es grande; Él perdonará nuestros muchos pecados. Porque tan pronto como ejerce su misericordia, ejerce su indignación, y con ésta tiene fijos sus ojos sobre el pecador» *(Eclo. 6,7).*

«No digas: He pecado; y ¿qué mal me ha sucedido? No tardéis en convertiros al Señor, y no lo difieras de día en día; porque su ira vendrá de repente, y en el día de la venganza os perderá *(Eclo. 5,6-8).*

Pecadores impenitentes, escuchad estas terri-

bles palabras del apóstol de las naciones. «¿Despreciáis las riquezas de la bondad de Dios, de su paciencia y de su larga tolerancia? ¿Ignoráis que la bondad de Dios os invita a la penitencia? Y, sin embargo, por la dureza de vuestro corazón y por vuestra falta de arrepentimiento, amontonáis un tesoro para el día del castigo y de la manifestación del justo juicio de Dios...» *(Rom. 11,4 ss.).*

El ejemplo de San Agustín

San Agustín pasó muchos años arrastrado por los pecados de impureza y cuando quiso salir tuvo que entablar una fuerte lucha con sus pasiones. Oíd lo que él nos dice de los obstáculos que le impedían convertirse (en su libro de las Confesiones, lib. VIII):

Las simplicidades de las simplicidades y las vanidades de las vanidades me retenían. Mis antiguas amigas (*los deleites*) agitaban mi vestido carnal, y me decían con un dulce murmullo: ¿Nos abandonarás? y si así lo haces ¿que será de nosotras sin ti? Y si así lo haces ¿no te será ya permitido ni esto ni aquello? ¡Y qué crueles eran para mí las palabras *esto* y *aquello*! ¡Ah! Señor, aleje vuestra misericordia de mi alma lo que aquellas falsas amigas me sugerían: ¡cuántas infamias trataban de inspirarme; cuántas torpezas! Y yo las escuchaba todavía un poco: no me hacían la guerra de frente, pero ellas murmuraban detrás de mí; y mientras que me alejaba, trataban de hacerme volver la cabeza para que las viese todavía.

Yo titubeaba para arrancarme de ellas, sacudir su yugo, e ir a donde Dios me llamaba: ellas me detenían; y la violenta costumbre me decía: ¿piensas que podrás pasar y vivir sin ellas? Pero ya su lenguaje era necio y fastidioso para mí».

El que conozca las tinieblas de su ceguedad, dice San Gregorio Magno, el que conozca la luz eterna que le falta, grite desde el fondo de sus entrañas como el ciego de nacimiento. *Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!*

Pero oigamos lo que el Evangelio añade hablando de este ciego que levantaba la voz: *Y los que le acompañaban le reprendían para que callase.* (Lc. 18,39).

¿Qué significan los que preceden a Jesucristo que llega, sino la multitud de los deseos carnales y el lugar de los vicios? Antes de que Jesucristo entre en nuestro corazón, estos deseos agitan nuestro espíritu con tentaciones, y turban la voz de nuestra alma en la oración.

Pero oigamos lo que hacía entonces aquel ciego que deseaba recobrar la vista. Gritaba mucho más fuerte: *¡Hijo de David, ten compasión de mí!*... Hagamos lo mismo en todas las ocasiones que quieran detenernos cuando nos dirigimos hacia Dios.

¿Qué hemos de hacer para apresurar nuestra conversión?

Sigamos escuchando a San Agustín: Si por una parte, dice, las vanidades de las vanidades, mis

antiguas amigas, el poder de la cruel costumbre trataban de detenerme en la esclavitud y desgracia; por otra parte, en el lugar a donde volvía mis miradas y a donde deseaba ardientemente llegar, la casta dignidad de la continencia, llena de serenidad y de caricias celestiales, me instaba para que corriese a ella, quitándome toda duda y vacilación, y me alargaba para recibirme y abrazarme sus piadosos y santos brazos cargados de almas llenas de buenos ejemplos.

Aquí me presentaba una multitud de jóvenes y doncellas, una juventud numerosa; allí todas las edades, y respetables viudas, y todas las vírgenes, y en todos una castidad, una pureza fecundas.

Se me manifestaba aquella divina continencia como una madre fecunda que ha concebido y dado la vida a esta numerosa familia de elegidos, y los ha concebido de Vos, oh Señor, de Vos, su divino Esposo. Y se burlaba de mí con una sonrisa de dulce exhortación, diciéndome: ¡Pues qué! ¿No has de poder tú lo que pueden éstos y éstas? ¿Pueden ellos hacer por sí mismos lo que hacen? ¿No es con los auxilios del Señor, su Dios, que viven como ángeles?

El Señor Dios me ha entregado a ellos para hacer almas para el cielo. ¿Por qué titubeas y no te colocas sólidamente? Arrójate a Él; nada temas, no se recibirá, no te abandonará para dejarte caer. Arrójate lleno de seguridad y de confianza en su seno; Él te recibirá y te curará. Y yo, que escuchaba aún las necedades y fruslerías, me avergonzaba de mis vacilaciones.

La continencia proseguía: Cierra los oídos, no atiendas a estos miembros impuros, a esta carne de

pecado; mortifícalos: te hablan de placeres mentirosos que no están arreglados a la Ley del Señor, y que no son nada comparados con el placer del cumplimiento de esta ley. Este combate de las pasiones contra la virtud que tenía lugar en mí, era obra mía contra mí mismo».

Como vemos ya germinaba en el espíritu de Agustín el propósito de renunciar al mundo, pero le hacían una furiosa guerra las pasiones, sus antiguas consejeras (Conf. 26). Un día del mes de agosto de 386 como oyese referir la vida de San Antonio y de otros monjes del Egipto quedó profundamente afectado, y dirigiéndose a su amigo Alipio, le dijo: «¿Qué es esto, qué has oído? Se levantan los ignorantes y conquistan el cielo, y nosotros con nuestra fría ciencia nos revolcamos en la carne y en la sangre».

«Seguido de Alipio retiróse al jardín, y, sentado debajo de una higuera exclamaba: ¿Hasta cuándo Señor?, ¿hasta cuándo estaréis irritado conmigo?, olvidad mis antiguas prevaricaciones, ¿cuánto tiempo diré mañana, mañana? ¿por qué no ahora? ¿por qué no en este instante? Y entonces oyó a manera de una voz infantil que cantaba *tolle lege, tolle lege* (toma y lee), e interpretando que se le mandaba leer en la Divina Escritura lo primero que en ella encontrase, abrió el libro santo y tropezó con estas palabras de San Pablo: *«No en comilonas, ni embriagueces; no en alcobas y deshonestidades, sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo»* (Rom. 13,13- 14).

No quiso continuar leyendo, ni fue menester, como él dijo..., respondió que Dios y sólo Dios es el

centro de la felicidad. Entonces, y al instatne «se disiparon las tinieblas de mis dudas».

No hay duda que el pecador que difiere su conversión experimenta el mismo combate que experimentaba San Agustín pecador todavía. Por una parte, la concupiscencia, las pasiones, los placeres, la carne, el mundo y el demonio quieren detenerle; y por otra parte, la hermosura de la virtud, los remordimientos, la palabra de Dios, las santas inspiraciones, la gracia, el temor de la muerte, del juicio y del infierno, la felicidad del cielo y la duración de la eternidad, le instan a que se convierta.

Así, pues, lo que hemos de hacer para volver a Dios, es cerrar los oídos y el corazón a la voz engañosa y seductora de la concupiscencia, de las pasiones, del demonio, del mundo y de la carne, y abrirlo a la voz de la virtud y de la gracia; no titubear, y querer con una voluntad firme y decidida, como el hijo pródigo, David, San Pablo...

Aun cuando los pecadores hayan caído por culpa suya, es preciso no dejarles perecer: tengamos lástima de ellos, démosle la mano; y como es menester que se ayuden ellos también con un gran esfuerzo, si quieren levantarse de su caída, para darles suficiente valor, hagamos ante todo desaparecer de su mente la falsa idea de que no puedan vencerse las inclinaciones ni los hábitos viciosos. Convenzámosles bien de que su conversión es posible con la gracia y la voluntad...

Pecadores, la gracia del Señor da fuerza y poder para vencer las malas inclinaciones; ¡ánimo!... Esta gracia destruirá vuestra repugnancia, y hará que llevéis con felicidad una vida nueva... La buena volun-

tad, la oración, la confesión, el evitar la ociosidad y las ocasiones de pecado, la devoción a la Virgen María..., he aquí los medios que os guiarán a Dios y alcanzarán vuestra conversión y el perdón; os darán las delicias que se experimentan en la paz de una conciencia inocente, y os asegurarán la felicidad del cielo...

Conclusión

1) *Nunca se debe desesperar de la conversión de un pecador*... Sabiendo que Dios quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad, y que El ha dicho con juramento que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, nunca (y lo diré con palabras del Papa Pío XII), «nunca se debe desesperar de la conversión de un pecador, aunque sea enemigo declarado de Dios y de su Iglesia. Tal había sido Saulo, según consta en sus mismas declaraciones: *«Fui antes blasfemo y perseguidor y opresor* (1 Tim. 1,13). *Habéis oído decir cuál fue en otro tiempo mi conducta, y cómo yo perseguía encarnizadamente a la Iglesia de Dios y la desolaba* (Gál. 1,13). Y, sin embargo, el Señor luego había de decir de este nombre: *«El es un instrumento escogido por mí para llevar mi nombre delante de las gentes y de los reyes y de los hijos de Israel»* (Hech. 9,15) (24-1-1940).

2) *Oremos por los pecadores.* La oración es de suma importancia. Jesús nos enseñó a orar y nos mandó que orásemos por todos, y porque la salvación está vinculada a la oración, por eso debemos

orar con frecuencia. Pío XII nos dice: «La oración por los pecadores nunca ha dejado de obrar en la Iglesia sus benéficas maravillas. ¡Cuántas mujeres cristianas han logrado volver a llevar a Dios a un marido a veces claramente hostil, más frecuentemente indiferente o descuidado de las prácticas religiosas! ¡Cuántas madres, como Santa Mónica, han obtenido con sus lágrimas y con sus súplicas la vuelta de un Agustín a Dios! Ved cómo pide el Señor que se allanen los caminos a sus gracias de conversión».

En la conversión de San Agustín mucho influyeron la oración y lágrimas de su madre, y también los sermones de San Ambrosio y la lectura de la Biblia. San Jerónimo dice a este propósito: «Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne».

3) *Exhortemos a la confesión y hablemos de ella.* La confesión es el medio indispensable de obtener el perdón de nuestros pecados. La confesión es un dogma católico fundado en las palabras precisas de Jesucristo. El la instituyó al decir a sus apóstoles y sucesores. *«A quienes perdonáreis los pecados les serán perdonados...»*.

«¡Qué consuelo para el hombre culpable, traspasado de remordimiento y arrepentido, oír la palabra del sacerdote que en nombre de Dios le dice: «Yo te absuelvo de tus pecados!». Y el oirla de la boca de quien a su vez tendrá necesidad de pedirla para sí a otro sacerdote, no sólo no rebaja el don misericordioso, sino que lo hace parecer más grande, descubriéndose así mejor a través de la frágil criatura la mano de Dios, por cuya virtud se obra el portento.

He aquí las palabras de un ilustre escritor que aun

de materias sagradas trata con competencia rara vez vista en un seglar (Cf. *Manzoni...).*

«Cuando el sacerdote, temblorosa el alma a la vista de su indignidad y de lo sublime de su ministerio, ha puesto sobre nuestra cabeza sus manos consagradas; cuando, confundido de verse hecho dispensador de la sangre del Testamento, asombrado cada vez como la primera de que las palabras de sus labios infundan la vida, ha absuelto a un pecador siendo pecador él mismo, nos levantamos de sus pies bien seguros de no haber cometido una vileza...Hemos estado a los pies de un hombre, pero que hacía las veces de Cristo..., y hemos estado para volver de la condición de esclavos a la de hijos de Dios» (Pío XI, *Ad catholici Sacerdotii* 16).

4) *Seamos apóstoles de la conversión...* Todos podemos hacer apostolado y sembrar el bien con el ejemplo y la palabra, con la prensa y buenos libros, con la oración y hasta con el dolor (Véase mi libro: *«Para ser apóstol»*).

No hay duda que todos podemos influir en la conversión de otras almas, y con este apostolado salvarnos nosotros mismos conforme al dicho del apóstol Santiago: *«Sepa que quien convierte a un pecador de su errado camino salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados»* (5,20).

* * *

Termino este pequeño trabajo con un ejemplo tomado de la vida de San Juan Bosco, que nos

puede sugerir la idea de hacer un apostolado fecundo con los niños, con los jóvenes abandonados y con toda clase de personas necesitadas, sabiendo acercarnos a ellas con el amor sincero de hacerles bien.

Don Bosco era un sacerdote de Turín (Italia) al que le preocupaba sin descanso la idea de moralizar los niños (que pululaban en los barrios de aquella ciudad), apartándolos del abismo del mal, traerlos al conocimiento, amor y servicio de Dios.

Cuando su cabeza y corazón eran agitados por este gran pensamiento, una circunstancia imprevista, o mejor, la mano de Dios, le presentó la primera oveja.

Yendo un día a celebrar, encuentra en la sacristía un muchacho, que, convidado a ayudar a la misa, como quiera que no sabe, se niega a hacerlo. Pero Don Bosco afectuosamente le llama a sí y con él entabla el siguiente diálogo:

—¿Cómo te llamas, mi buen amigo?

—Me llamo Bartolomé Garrelli.

—¿De dónde eres?

—De Asti.

—¿Vive tu padre?

—No.

—¿Y tu madre?

—Tampoco.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¿Sabes leer y escribir?

—No sé nada.

—¿Has hecho la primera comunión?

—No.
—¿Y no vas al Catecismo?
—No, porque como no sé nada, me daría vergüenza estar entre los demás.
—Y si yo te enseñara la doctrina cristiana, ¿quisieras aprenderla?
—Con mucho gusto.

Entonces Don Bosco exclama: ¡Pobres muchachos! Por sí no serían malos, pero se pervienten porque están abandonados, descuidados, solos, ignorantes.

Y en el mismo día comenzó a enseñarle a santiguarse y echar la base de una cristiana educación.

Puede decirse que aquel día nació la obra salesiana, esto es, en la hermosa festividad de la Inmaculada Concepción de María Santísima, el 8 de diciembre de 1841».

¡Cuántos niños y jóvenes abandonados hay hoy cerca de nosotros. ¿No podríamos nosotros mismos conquistarlos y convertirlos para Dios, dándoselo a conocer, como lo hacía Don Bosco? Pensémoslo y decidámonos todos a ser apóstoles de nuestros hermanos los hombres.

INDICE

PRESENTACION 3
INVITACION A LA CONVERSION 5
Palabras del profeta Ezequiel 5
Comentario a las palabras del profeta 6
Responsabilidad de los sacerdotes fieles 8
Dios sigue hablándonos por los profetas 9
La conversión es obra de Dios y del pecador 10
La conversión de un pecador es un granmilagro .12
¡Cuán consolador es la conversión del pecador! .15
La conversión es fácil. No debe diferirse 17
¿Para quiénes resulta difícil la conversión? 20
Es preciso dejar el pecado 22
Apoyado en la gracia, fortifica la voluntad 24
El tiempo, la gracia y la voluntad 25
No perseveres en el pecado 29
La bondad de Dios perdona fácilmente y a
veces castiga 31
El ejemplo de San Agustín 34
¿Qué hemos de hacer para apresurar
nuestra conversión? 35
Conclusión 39
1) Nunca se debe desesperar de la con-
versión de un pecador 39
2) Oremos por los pecadores 39
3) Exhortemos a la confesión y hablemos de ella 40
4) Seamos apóstoles de la conversión 41

OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR

- **La Biblia mas Bella.** En 13x17 con 80 páginas.
- **Catecismo de la Biblia.** En 10x15 con 42 p.
- **Historia Sagrada.** En 15x21 con 96 pág. muy ilustradas.
- **Evangelios y Hechos Apostólicos.** En 15x21 de 112 páginas
- **Jesús de Nazaret.** Con 120 pág. y muchas ilustr.
- **Catecismo Ilustrado.** En 18x25, con 160 p.
- **El Catecismo más Bello.** En 13x17 con 80 p.
- **El Matrimonio.** En 10x15 con 40 páginas.
- **Bautismo y Confirmación.** En 15x21 con 40 p.
- **¿Existe Dios?.** En 10x15 con 40 páginas.
- **¿Existe el Infierno?.** En 10x15 con 40 pág.
- **¿Existe el Cielo?.** En 10x15 con 40 pág.
- **¿Quién es Jesucristo?.** En 10x15 con 56 pág.
- **¿Quién es el Espíritu Santo?.** En 10x15 con 40.
- **¿Por qué no te confiesas?.** En 10x15 con 36 p.
- **¿Por qué no vivir siempre alegres?.** En 10x15 con 160 páginas.
- **¿Seré sacerdote?.** En 10x15 con 48 páginas.
- **¿Qué sabemos de Dios?.** Explicación de quién es Dios.
- **¿Dónde está la felicidad?.** y cómo conseguirla.
- **Para ser santo.** En 10x15 con 40 páginas.

- **Para ser sabio.** En 10x15 con 40 páginas.
- **Para ser feliz.** En 10x15 con 32 páginas.
- **Para ser apóstol.** En 10x15 con 48 páginas.
- **Para ser católico práctico.** En 10x15 con 40 p.
- **La Buena Noticia.** En 10x15 con 48 pág.
- **La Caridad cristiana.** En 12x17 con 64 pág.
- **La Bondad de Dios.** En 10x15 con 56 pág.
- **La Santa Misa.** En 12x17 con 80 pág.
- **La Virgen María a la luz de la Biblia.** 32 p..
- **La Penitencia ¿qué valor tiene?.** 40 pag.
- **La Formación del Corazón.** En 10x15, 48 pag.
- **La Formación del Carácter.** En 10x15, 56 pág.
- **La Matanza de los Inocentes.** El aborto.
- **La Religión verdadera,** y las sectas, con 52 pág.
- **Los Diez Mandamientos.** Con 64 pág.
- **Los Grandes Interrogantes de la Religión,** 128
- **Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia,** 98
- **Los Testigos de Jehová.** Su doctrina y sus errores
- **Los Males del mundo y sus remedios.**
- **Los últimos tiempos.** ¿Estamos ya en ellos?
- **El más allá.** La existencia de la otra vida.
- **El Diablo anda suelto.** Su existencia en el mundo
- **La Oración.** En ella está la clave del éxito.
- **El valor de la fe.** Ella todo lo puede.
- **El Padrenuestro** es la mejor oración.

- **El Pueblo pide sacerdotes santos,** no vulgares.
- **El Dios desconocido.** Tratado de sus perfecciones
- **El Camino de la Juventud,** y sus peligros.
- **El Niño y su educación,** cómo hay que educalos.
- **El Mundo y sus peligros,** cómo defenderse.
- **El Corazón de Jesús quiere reinar por amor.**
- **Diccionario de Espiritualidad,** con 336 páginas.
- **Historia de la Iglesia.** Los hechos más import.
- **Vida de San José,** muy devota e ilustrada.
- **Pedro primer papa.** Elegido por el mism Cristo.
- **Florilegio de Mártires.** (España 1039-1939).
- **Somos Peregrinos,** que caminamos al Cielo.
- **Vamos de Camino.** La brevedad de esta vida.
- **Tu Camino.** ¿Has pensado que vida vas a elegir?.
- **Misiones Populares.** Lo que te diría un misionero
- **De Pecadores a Santos.** Eficacia de la conversión
- **Pecador. Dios te espera.** Conviértete.
- **Joven, Levántate.** Aprende a combatir las pasiones
- **Tu Conversión.** No la difieras un día más.
- **Siembra el Bien,** y conseguiras la felicidad.
- **No Pierdas la Juventud.** Consejos a los jóvenes.
- **El Problema del Dolor,** y su valor ante Dios.
- **Siguiendo la Misa.** Modo práctico de oirla bien.
- **Visitas al Santísimo Sacramento,** para cada día.

- **No te enfades,** enseñanzas y buenos ejemplos.
- **La Dicha de ser Católico,** es para agradecerlo.
- **Tres Temas Interesantes.** Lee y reflexiona.
- **La Misión de los Infieles,** debe de preocuparnos.
- **Verdades Fundamentales,** que debes meditar.
- **Alégrate en la Tribulacion,** por el tesoro que ganas
- **Los Vicios de la Juventud,** y sus remedios.
- **Catecismo Elemental,** fundamt. en el Ct. de la Iglesia
- **Fomento de las Vocaciones,** religiosas y sacerdotal
- **La Doctrina Católica,** expuesta con ejemplos.
- **Pensamientos y Ejemplos,** de la misericordia de Dios.
- **Dios habla al mundo de hoy.**
- **El por qué de las cosas.** Los grandes interrogantes.
- **Mensaje de Amor,** el mandamiento principal.
- **¿Qué dice Jesucristo a los Jóvenes de hoy?**
- **El Perdón de los Pecados,** puedes conseguirlo.
- **200 Máximas yPensamientos.**
- **¿Existe la Vida Eterna?** Vida que no tiene fin.
- **Reflexiones Doctrinales,** para dar sentido a tu vida
- **Solución a los grandes problemas.**
- **¿Por qué hay incrédulos y ateos?**
- **Los Novísimos,** expuestos con ejemplos.
- **¿Cómo debemos comportarnos?** Lecc. de cortesía